

En esto Garibay es benemérito de sus paisanos al insertar en el contexto de una monumental *Historia de España* informaciones sobre cosas de su tierra guipuzcoana, que a más de uno le parecieron algo fuera de proporción, para solar tan menguado y más pobre que rico¹⁸. Sujeto a crisis periódicas, y en proceso de reconversión sociocultural, los vascos tuvieron que adaptarse a nuevas realidades, realizándose ellos mismos las más de las veces fuera de su patria. Así, mientras unos quedaron en sus caseríos a perpetuar el mito de una vida idílica, primigenia, otros muchos se integraban en la vida urbana, en poblaciones como el Mondragón natal de Garibay. Pero muchísimos más, y no los menos influyentes, se despidieron del terruño y se fueron como hombres de negocios a los Países Bajos, como soldados y aventureros allí mismo o en América, como religiosos y misioneros, en fin, como funcionarios en la corte española. Uno de estos últimos fue Garibay, al servicio de Felipe II en algunos trabajos puntuales y como cronista.

El perfil biográfico de Garibay que dibuja Caro se basa principalmente en las *Memorias*. El esquema es el clásico: patria, familia, formación, vida adulta, etc. El cuadro de Mondragón en su transición del medioevo a la modernidad está muy bien pergeñado, ilustrado con un plano y excelentes dibujos del autor.

Garibay habla de su familia y de su patria chica, y ofrece datos curiosos, como la transición de las viejas ferrerías de aire o de altura (reducidas ya entonces a restos testimoniales de escoria) a las más eficientes de agua, o ferrerías de abajo¹⁹. Esta observación sobre el avance técnico que hizo

tesis judaicas, como se ve en el estudio de Juaristi) está bien documentado, y puede englobarse en la corriente de opinión española, exaltada aquí por el sistema foral. Un músico guipuzcoano, Juan de Anchieta, maestro de capilla de los Reyes Católicos, compuso obsequio a una misa sobre el estribillo:

Ea, judíos, a enfardelar, que mandan los Reyes que paséis la mar.

Pero recordemos también que un hijo de Garibay, franciscano en San Mamés de Abando, estuvo de parte del impresor Marés, retirado de Bilbao por converso. Cfr. Juan Uruñuela Bernedo:

«Mathias Marés, primer impresor de la villa de Bilbao (vida paralela); en Catálogo de la exposición de libros vascos antiguos, raros y curiosos, celebrada en los salones de la Sociedad Bilbaína con motivo del CL aniversario de su fundación, Bilbao, 1989, pp. 11-35.

¹⁸ «Por obra de Garibay puede decirse, también, que el humilde rincón natal fue conocido, influyendo sus escritos incluso en textos poéticos y teatrales» (Caro, p. 16). No es extraño que el de Mondragón pretendiera alguna ayuda a costa de sus paisanos, y choca la aspe-
reza de los guipuzcoanos,

que se la denegaron. Pero Garibay es benemérito sobre todo de la lengua vasca, por las muestras que registró (aunque parcas con avaricia) de términos y topónimos, refranes y versos, primicias literarias del vascuence.

¹⁹ Caro, p. 48. Señaló también «lo atento que estaba Garibay a notar rasgos de los que después se llaman etnográficos: observaciones sobre la casa o régimen de la localidad, los trajes, los ritos...» (ibid., p. 18). Estudia topónimos, aventura etimologías, según es costumbre de muchos escritores vascos. Obviamente Ga-

ribay, y tras él Baltasar de Echave, relacionan «ola» u «olea» en topónimos con ferrerías (Caro, p. 48), aun sin llegar al extremo del padre Henao quien «en la Obra, que escribió de Antigüedades de Cantabria, dice, que el primero que dispuso y fabricó Herrería en Río, con máquina hidráulica, fue uno del apellido de Olea: no dice en qué siglo fue, pero sin duda es cosa muy antigua» —dice, tal vez con cierta sorna, Pedro Bernardo Villarreal de Berriz, Maquinas hidráulicas de Molinos y Herrerías y Gobierno de los Arboles y Montes de Vizcaya, Madrid, A. Marín, 1736 (edic. facs., Madrid, 1973).

abandonar las instalaciones obsoletas a pie de bocamina por las hidráulicas, tiene, sin duda, el valor antropológico que Caro le reconoce. Pero puede que haya algo más. Resulta que el mismo Garibay había distinguido en el país dos niveles de iglesias: las de altura y las de tierra baja; las primeras, antiquísimas según él, como lo prueban sus santos titulares (San Pedro, San Juan, etc.; nunca los modernos San Francisco, Santo Domingo, etc.). Más aún, a la hora de hacerse enterrar, muchos vascos prefieren las iglesias de monte²⁰. Mejor que relacionar esto último con la plaga de patronos seculares e «iglesias propias», Garibay lo entiende como una llamada ancestral a las raíces, a la vasquidad primigenia y montaraz inaugurada por el padre Túbal —el fundador de Vasconia y de España, no el otro Túbal cainita, inventor de ferrerías—.

Y aquí también el historiador se resiente de visiones fantasiosas, como aquellas peñas de Amboto, Gordeia (Gorbea), y sobre todo Udalacha (Udalaitz), sobre Mondragón. Este pico es para él como la montaña cósmica, con su «basílica de la Ascensión» en la altísima cumbre, rodeada de una laura de eremitas virtuosos y letrados, estudiosos de una naturaleza pródiga en especies herbáceas; preñado también de minerales de monte, aunque los mondragoneses sólo del hierro cuidan; rico en pastos y en toda ventura, mirador de Cantabria y Francia, observatorio ideal donde el viajero se sienta a contemplar las naos que surcan la mar, etc.²¹.

Tocando el punto de la transición de un régimen de bandos a una urbanización creciente, es muy interesante el esquema que propone Caro del proceso de banderización, a saber: desde una oposición inicial de los parientes mayores rurales a la erección de pueblas nuevas, con reacción defensiva de éstas en forma de hermandades y recurso al amparo regio; hasta la penetración e infección del mal banderizo en las propias villas. A esto contribuyó principalmente la política fluctuante de los monarcas, que unas

²⁰ Compendio, I: 222.

²¹ Ciertamente la vista desde el Udalaitz es espléndida (1.092 m. de altura, a sólo unos 26 km de Deva), pero todo tiene un límite. Es de notar aquí el arte de Garibay para vender lo vasco en castellano. Una simple baselisa (ermita, literalmente iglesia rural en vascuence) la traduce por «basílica», y la titula de la Ascensión,

cuando la gente decía de San Asencio. ¿O tal vez San Valero? Labayru, compendio por Herrán, desmiente el «error piadoso» de los mondragoneses, de que San Valero I de Zaragoza se había escondido en este monte y estaba enterrado en una cueva. Da por cierto, no obstante, que la ermita estaba dedicada a este santo (Fermín Herrán, Compendio de la His-

toria de Bizcaya del Dr. Estanislao J. de Labayru, I, 17, p. 14; edic. facs. Bilbao, 1978).

Pero más interesa aquí señalar el silencio de Garibay sobre consejas más o menos brujeriles y supersticiosas en relación con el monte Udalaitz. Es, en efecto, una de las moradas de la Dama de Amboto. Además, en días nublados se escucha una jauría: el alma en pena de

cierto abad de la ermita, desafortunado cazador, condenado a loca y vana cacería según el repetido motivo viajero. A Garibay no le interesa divulgar ciertas tradiciones de su país, y también a propósito del topónimo Lamiategui (en Zubillaga, Oñate) desviará la traducción a «Lugar de serenitas (sirenas) por su mucha hermosura» (Memorias, I, I, p. 4; Caro, p. 78).

veces cedieron a las pretensiones de los señores otorgándoles villas, otras en cambio se comprometieron con villas a no ceder el realengo²².

Más tarde, cuando se haya producido el hastío de tanta lucha, las nuevas clases aburguesadas tomarán conciencia de que el antiguo protector, el poder real, está en vías de convertirse en el nuevo opresor, y se esgrimirán fueros y antiguallas auténticas, supuestas o comenticias.

Una carrera discreta y laboriosa

Garibay era oriundo de Oñate, de linaje gamboíno en cuanto a este apellido²³. En cuanto al otro paterno, Zamalloa (o Çamálloa, como él lo escri-

²² *Ibid.*, pp. 51-52. El esquema citado de banderización parece hecho a medida de Mondragón, en su lucha ardiente —al pie de la letra— contra las apetencias del Señorío de Oñate, segregado de la provincia. Como es sabido, las «mercedes enriqueñas» surtieron efectos contrarios en Álava y en Guipúzcoa. Allí sirvieron para que los señores y señoritos se repartieran Álava, y tal situación se alarga hasta el siglo XIX. La solución parcial sería integrarse la provincia en una Hermandad General, menos el Condado de Treviño. Guipúzcoa, en cambio, se libró pronto de vínculos señoriales, aunque también tuvo su «Treviño» en el citado Condado de Oñate, que sólo se integraría en la Hermandad Provincial con los gobiernos liberales del siglo XIX. Ambas hermandades se vieron absorbidas por la Hermandad General de Castilla (la Santa Hermandad), instaurada en 1476 por los Reyes Católicos con gran premura. Se recuerda que ya desde aquel mismo año los

reyes tratan de influir en la designación de diputados generales (Martínez Díez, *Álava medieval*, t. 2, p. 180).

²³ Caro (p. 79) recoge una muestra de la ferocidad de aquellos banderizos, que han pasado a la épica popular vasca; concretamente Sancho García de Garibay y el episodio de la Cueva de San Elías, según testimonio del doctor Puerto de Hernani. Caro se fija en la expresión «lacayos del bascuence», ya tratada por F. Arocena y usada por Lope García de Salazar en el siglo XV, recordando de paso que «Covarrubias... da a entender que se introdujo en España en la época de Carlos V» (p. 50, n. 17). Otro antepasado más antiguo, Pedro de Garibay, no menos feroz y a ratos versolari, dejó memoria porque al morir se excedió a sí mismo. En cierta pelea entre los de Oñate y el valle de Léniz, «quedaron los de Oñate vencedores, aunque a mucha costa de Pedro de Garibay su caudillo, que de una herida que entre otras le dieron en la escaramuza, murió dende a

pocos días, sin que de él quedase hijo sucesor en la casa de Garibay. Pero sentían poco el daño de sus heridas del gozo y contento que llevaba de haber vencido a sus contrarios, que se dice de él que venía cantando aquel lelo viejo, que aún al presente dura, que dice:

 Gaiza zenduan Lenizanoc
 Urruxolaco lecaioa,
 Sendo zenduan odol ori
 biurtu jacu gazaioa.

(Floranes en su Apéndice a Isasti, p. 39, copiando a don Juan Pérez de Elazárraga, Relación genealógica de su linaje, «que compuso en los años 1588 y 1589». «Gazaia, quiere decir cuajado», explica Floranes, quien se confiesa no muy ducho en vascuences (*ibid.*, p. 36). Sea cual fuere el sentido exacto del lelo, y de ese lecaioa que suelen traducir por clamor u ovación, a nuestro vascófilo folclorista Esteban de Garibay el pudor no le deja entrar en esas minucias familiares, tan notorias en su tiempo (pero no en Toledo). Como tampoco men-

cionará la parte de Gil García de Garibay en la quema de Mondragón: un crimen con agravante de sacrilegio por haberse perpetrado en domingo y aprovechando el puente festivo del Santo Patrono de la villa. Tal vez por eso el cronista lo pasa a un viernes del siguiente mes: «Por lo referido se conoce lo mucho que erró Garibay en un suceso tan famoso de su propia patria Mondragón, y del cual es preciso queden allí no pocas auténticas memorias, cuando al referirle en su Compendio, lib. 16, cap. 40, tomo 2, llama al Señor de Guevara Don Beltrán de Guevara, no siéndolo sino el Don Pedro Vélez...; y que la quema de la villa de Mondragón se hizo día viernes 14 de julio del dicho año 1448; cuando en ese año el 14 de julio no cayó en viernes, sino en domingo; y queda visto, que no en julio sino en junio sucedió día domingo 23, vispera de San Juan» (Puerto de Hernani, en Floranes, o. cit., p. 27; otros «errores» de Garibay denuncia *ibid.*, pp. 29-30 y 35).